

Llama la atención también el modo de enfocar la cuestión de las fuentes de la moralidad. El título mismo del capítulo lo pone de manifiesto: «La moralidad del acto humano. Entre la subjetividad y la objetividad», junto con su punto de arranque: «La opción fundamental». A nadie se le oculta que éste es uno de los temas más discutidos de la teología moral fundamental. La clásica distinción entre objeto, fin y circunstancias al tratar este tema, necesita, como dice Fernández muchos matices y un estudio muy atento. Aquí se encuadra la cuestión sobre los actos intrínsecamente malos, la aparición de doctrinas como el consecuencialismo, la ética de situación, etc. objeto de tanta polémica en los últimos tiempos. El modo de enfocar todas estas cosas, desde una equilibradísima noción —profundamente cristiana, por otra parte— de opción fundamental no coincide con el clásico, y arroja mucha luz sobre todos estos puntos. Otro capítulo enormemente interesante.

Los capítulos sobre la ley y la conciencia son muy completos, y abordan temas de candente actualidad e importancia. Recogen un importante tratamiento de los temas en la Biblia y en la Tradición, que centran las cuestiones a tratar. Se aborda con detalle la doctrina sobre el papel del Magisterio en las cuestiones que hacen referencia a la ley y la conciencia.

Del mismo modo, el capítulo sobre el pecado y la conversión es profundamente enmarcado en una perspectiva escriturística. Pero añade una sección muy interesante: «Cómo presentar hoy el tema del pecado», de indudable utilidad.

A mi juicio, pues, tenemos en esta *Moral Fundamental* de Aurelio Fernández, una obra de estudio y consulta sencillamente indispensable para alumnos y profesores de lengua castellana de esta materia. No en vano, es una de las pocas obras recomendadas en las Universidades romanas para alumnos de esta procedencia lingüística.

Enrique MOLINA

Aurelio FERNÁNDEZ, *Teología moral*, II. *Moral de la persona y de la familia*, ed. Aldecoa, Burgos 1993, 872 pp.

Gusta encontrarse y leer tratados de moral como el que nos ofrece ahora el Prof. Aurelio Fernández: una obra ambiciosa bien trabajada y bien insertada en el momento de la teología moral y de la cultura contemporáneas.

El segundo volumen de la presente obra está dedicado a la moral de la persona. El autor muestra en la Introducción su división tripartita de toda la teología moral: fundamental, personal y social; no obstante, se detiene en explicar la imposibilidad de una separación radical entre sendos términos, en sí mismos tan profundamente relacionados que perderían su vigor, sentido y hondura antropológica si no se estudiaran como mutuamente implicados e implicativos.

El esquema metodológico huye de encuadrarse ya sea en una moral de virtudes, ya sea en una de mandamientos. El autor opta por no encajarse en un «sistema» cerrado, limitado por su propia sistematización. Se advierte, a lo largo de toda la obra, una sintonía con la cultura actual que, tan pegada a los acontecimientos, capta mejor una enseñanza ética que ilumine y oriente aspectos concretos de la existencia de cada hombre; por ello parece que se distancia de la demanda moral que postulan las «virtudes clásicas». La pretensión de Aurelio Fernández es unir la moral de virtudes con la moral de mandamientos; pretensión nada fácil, pero, cuanto menos, resulta original. A nuestro juicio, el autor ha sabido airoosamente combinar ambos encuadres, a pesar de la dificultad metodológica que esto supone.

En este mismo sentido, la teología moral vertida en este tomo no pretende el enjuiciamiento de comportamientos individuales o sociales, sino más bien arrojar una luz orientativa para una auténtica y genuína praxis cristiana. Así, el autor busca con frecuencia la fundamentación antropológica de las distintas cuestiones tratadas.

Para el autor, lo importante es que, al articular los principios morales que constituyen la existencia del creyente, se alcance una síntesis que logre integrar de modo armónico y didáctico, todos y cada uno de los elementos que constituyen la identidad de la praxis cristiana. Tal identidad está cifrada en un triple ámbito de la vida cristiana: Dios, la familia y la vida. El volumen se estructura netamente tomando como base esta trilogía, en la cual prima, a juicio del autor, la virtud de la religión. Consecuentemente a la perspectiva con que estudia la moral fundamental, en este segundo volumen trata, en primer lugar, la primera y principal de las opciones morales del cristiano: la opción por Dios. En un segundo momento, el ámbito primigenio e inicial de realización personal: la familia. Y, en tercer lugar, la vida.

El tomo incluye una abundante y amplia bibliografía —al inicio del volumen— tanto de monografías y manuales como de revistas especializadas. Se trata de un aparato bibliográfico rico, de gran exhaustividad, propio

de un conocedor de la materia y de los problemas que se están derivando en el ámbito de la renovación de la moral.

Cada capítulo está dividido en cuatro partes: un esquema mínimamente desarrollado de la cuestión a tratar; una breve introducción en la que se ofrece la perspectiva desde la que se aborda el tema; el cuerpo del capítulo; y una brevísima conclusión. Tan sólo en dos ocasiones deshace, positivamente, esta división: en el capítulo 4, sobre la doctrina bíblica acerca del matrimonio, incluye un apéndice bibliográfico *a se*; y en el capítulo 8, sobre el fin procreador y el sentido de la sexualidad, añade un anexo con orientaciones para el confesor.

Pasemos ahora a analizar el esquema temático de este volumen:

1. La primera parte, y según la metodología iniciada en el volumen primero, la moral de la persona está dedicada al tratado de la virtud de la religión. Se inicia esta parte con el estudio de la vocación en sentido pasivo: la respuesta personal y libre del hombre a la comunión con Dios. Pasa luego a tratar los deberes religiosos que genera la respuesta. Y, en último lugar, los pecados contra la virtud de la religión.

En esta parte, el autor incluye el estudio de los tres primeros mandamientos. Y denuncia el vacío que al respecto existe en gran parte de los nuevos manuales. Rompe una lanza a favor de la importancia y necesidad que supone para la moral el tratado de las exigencias éticas del hombre respecto a Dios, de la criatura respecto a su Creador. De hecho, el autor aboga por una recuperación adaptada del *de fine ultimo* de Santo Tomás, y llama la atención a favor de una relectura de la moral de S. Alfonso María de Liguori, exponente válido de cómo vertebrar la moral sobre la virtud de la religión.

Sin embargo, en esta primera parte se constata por momentos una concepción ética de fondo que puede considerarse por algunos como discutible. El «primado» de la virtud de la religión en la moral personal, está basado en la siguiente afirmación: «es imposible demandar ética a un hombre y a un pueblo si descuida sus deberes morales con Dios». Puede parecer discutible precisamente por ambigua: ética y moral parecen confundirse.

2. La segunda parte, la más extensa del volumen, está dedicada al matrimonio y la familia, incluyendo el estudio de los mandamientos cuarto, sexto y noveno. El autor, en un primer apartado, despliega una riquísima base de datos bíblicos, patrísticos y magisteriales sobre el matrimonio, la familia y la sexualidad. Posteriormente, se elabora un análisis de marcado cariz antropológico: la antropología de la sexualidad y del amor matri-

monial, el matrimonio como realidad humana y cristiana, etc. Se incluye un estudio crítico de distintas escuelas y su visión de la sexualidad y la procreación.

Posteriormente, y a la luz de la antropología fundante ya mostrada, se estudia la moralidad de las relaciones conyugales. Seguidamente, se aborda el tema de la familia y de las relaciones intrafamiliares. Es de agradecer —así lo manifiestan algunas escuelas éticas, al menos italianas, al reclamar mayor inserción de la pastoral en la moral— la inclusión, a modo de anexo, de un apartado de carácter pastoral dedicado al sacerdote en su atención a problemas de crisis matrimoniales, a las dificultades de la vida conyugal y familiar, etc.

3. La tercera y última parte está dedicada a la vida, en distintos momentos: su origen, su conservación y defensa, y su fin temporal. Incluye así el estudio del quinto mandamiento.

En este apartado se adentra el autor en el debate bioético en sus niveles más genéricos. Respecto a la vida en su inicio elabora el tratado de la esterilización, la biogenética y el aborto. Cuando trata de la conservación de la vida, estudia, en primer lugar, su defensa, analizando cuestiones como el homicidio, el terrorismo, la defensa propia, la tortura, la manipulación psíquica, y —con especial detenimiento— la pena de muerte. En segundo lugar, respecto al cuidado de la propia vida, se adentra en temas tales como el suicidio, el debate de la muerte heroica, la huelga de hambre, el alcoholismo y la drogadicción, los trasplantes, etc. Y, en último lugar, respecto al fin temporal de la vida, trata del problema del dolor, la analgesia y la eutanasia.

A lo largo de todo el volumen llama la atención agradablemente la amplia documentación con que el autor trabaja. Así, trae a colación con frecuencia las valoraciones que la medicina, la psiquiatría o la sociología aportan sobre el tema en cuestión. En ese sentido, puede decirse que se trata de una obra de marcado carácter actual, con toda la ventaja que supone una certera inculturación. Igualmente, se percibe que la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica sorprendió al autor cuando ya tenía prácticamente finalizada la obra: se incluyen materialmente puntos del Catecismo, pero sin una elaboración formalmente teológica, cosa, por lo demás, imposible cronológicamente, si bien ello no supone ningún detrimento de esta obra toda vez que muestra una perfecta consonancia con el espíritu del Catecismo.

Al indudable trabajo, en cantidad y en calidad, que se vislumbra tras el casi millar de páginas de este tomo, quizá debiera acompañar una elabo-

ración más detenida y una argumentación teológica que equilibre la ya apuntada abundancia de datos. En este sentido, se trata de una obra que, en algunos momentos, se apoya más en el dato que en el discurso teológico; lo cual, por otra parte, tiene la ventaja de «situar» perfectamente en cada cuestión, impeliendo al lector a la iniciativa propia en la argumentación.

Por todo lo dicho anteriormente, y por cómo ha sido acogida y recomendada la obra en distintos ámbitos de la teología moral, podemos concluir que se trata de un libro con valía, y que, si ya desde su inicio se le ha reconocido un merecido prestigio, apunta a ser un punto de fecundidad en la teología moral. Además, por el tratamiento de las cuestiones, esta obra se convierte en un instrumento altamente recomendable, válido, valioso y firme para todos los estudiosos de la teología moral.

Antonio QUIRÓS

A. FERNÁNDEZ, *Teología Moral, III. Moral social, económica y política*, ed. Aldecoa, Burgos 1993, 879 pp.

Hay que saludar con gozo la aparición de un nuevo Manual de Teología Moral y concretamente de un texto dedicado a la exposición de la Moral Social, ya que, sin duda alguna, esta parte de la moral cristiana está necesitando un esfuerzo de sistematización y de renovada formulación de contenidos que respondan a las preocupaciones y problemas que se plantean en la vida social. El A., bien conocido en los ambientes teológicos, nos había ofrecido con anterioridad múltiples trabajos relativos a la exposición sistemática de la moral cristiana, si bien de carácter más monográfico, pero que sin duda le han permitido abordar con éxito la ardua y ambiciosa tarea de la elaboración de un amplio Manual, del que forma parte este Volumen III dedicado a la Moral Social.

Se divide este Volumen en cuatro partes: Historia, Moral social, Moral Económica y Moral Política. La primera parte, realizada con gran rigor, resulta, a mi modo de ver, excesivamente amplia, si bien es de alabar el esfuerzo de síntesis realizado. Las más de trescientas páginas de esta parte, además de otros *excursus* históricos como el que se hace en la cuarta parte, me parecen excesivas en una obra de esta índole. Por otra parte, la cuestión que plantea el A. sobre la distinción entre Moral Social y Doctrina Social de la Iglesia (pp. 289ss.), no me parece relevante —ni quizás